



Número de 4 páginas

# Mala educación

Ese Constantino, de origen danés, ex rey de Grecia, constituye una de nuestras preocupaciones. Le tenemos verdadera simpatía. ¡Es tan típico!, ¡tan ejemplar!, ¡tan característico! Nos viene como anillo al dedo para ejemplificar muchas de nuestras reflexiones sobre la educación y el modo de ser de los reyes constitucionales, que se empeñan en saltar por encima de la Constitución y ejercer poderes individuales. Problema que nos parece, digan lo que quieran algunos ilusos, tan urgente y tan importante como el mismo problema económico-social. O más bien creemos que no podrá plantearse bien éste mientras no se resuelva aquél.

Crear, en efecto, que la «inconstitucionalidad» de los reyes, que su empeño de ponerse por encima de la Constitución y de actuar como soberanos absolutos y a la vez irresponsables, no afecta al planteamiento del máximo problema de las relaciones entre el capital y el trabajo, es vivir en Babilonia. Creer que la elasticidad de una monarquía es la misma que la de una verdadera República—régimen de publicidad y responsabilidad—es de una paradística inocencia. Lo de monarquía socialista carece de sentido. Y volvamos a Constantino.

«Es que ese Constantino—nos dirá algún lector—no sirve aquí sino de manguito.» Pues bueno, volvamos a Constantino.

Mr. Melás, que fué muchos años amigo íntimo suyo y hasta su secretario, ha publicado un libro sobre él, libro que se titula: «El ex rey Constantino». Y libro que no conocemos sino por una reseña de él que hemos leído en «La Publicidad», de Barcelona. Y a la que nos referiremos en adelante.

En la cual reseña se dice que «el autor (Mr. Melás) considera al monarca destronado, en el fondo, como un buen muchacho; pero rencoroso, obstinado, crédulo, frívolo y sin educación moral. Así acabó por creer en la autocracia de derecho divino con la ingenuidad de un niño mimado por la adulación de los cortesanos. Por su inconciencia y deplorable vanidad hubiera perdido a Grecia.»

«Rencoroso, obstinado, crédulo, frívolo y sin educación moral!» Más bien creemos que será petulante; es decir, que creerá en cada caso que es él quien está mejor enterado de un asunto cualquiera y no tolerará la contradicción, sobre todo si va contra sus prejuicios. Y todo por mal educado. Porque de cuanto Mr. Melás dice de su antiguo amo y señor deducimos que lo característico de Constantino es estar mal educado. Y de aquí su frivolidad, su credulidad, su rencorosidad y su obstinación. Quiso educarle Venizelos, pero cuando lo intentó era ya tarde, porque el desgraciado soberano estaba, no ineducado, no deseducado, sino mal educado.

«Mal educado un rey?» — exclamará algún lector ingenuo. Pues, sí, mal educado. Y precisamente por la educación que se le dió!

Venizelos se quejaba hace poco, no de los errores de la política internacional germanófila de ese cuñado del kaiser, sino de que a las indicaciones que le hacía el gobierno helénico opusiera la teoría germánica e imperialista de la monarquía por derecho divino. A lo que sería inducido, sin duda alguna, por su educación, su mala educación de brote de una dinastía extranjera; pero sobre todo por su mujer, hermana del kaiser. Porque nadie más a propósito que una mujer, y más si es, como la mujer de Constantino, extranjera, para inducir a un soberano a doctrinas antidemocráticas y absolutistas.

La mujer, en general, carece de sentido civil y lo sustituye con el doméstico. Para la mujer la patria es la familia. Y más si una mujer, por azares del matrimonio, tiene que ir a arraigar en un pueblo que no es el suyo. A la mujer no se le puede pedir que sienta el patriotismo de adopción. Y si una mujer se encuentra viuda en un trono es naturalísimo que sienta la realeza de un modo patrimonial, que estime que la nación sobre que tiene que reinar — no muy a su gusto acaso — es un patrimonio que su marido deja a su hijo, y que ella, como tutora de éste, se lo debe guardar entero e incólume. Y sería desconocer la naturaleza femenina pretender que en caso alguno esa mujer, esa viuda, esa madre, sacrificara el patrimonio a la patria. Si Guzmán el Bueno nos parece una monstruosidad, aunque para algunos admirable, Guzmán la Buena es un imposible. Y más si la plaza que tiene que guardar no es aquella en que nació y se crió.

Nos parece que la mujer de Constantino y hermana del kaiser aconsejaría a su marido no acaso conforme a los intereses de Alemania, su patria de origen, pero tampoco conforme a los intereses de Grecia, su patria de adopción, sino conforme a los que ella creyese ser los intereses de la dinastía, según un criterio doméstico y patrimonialista. Porque ya hemos dicho que la mujer pone la domesticidad sobre la civilidad, y si en el caso de una Antígona, la heroína de la admirable tragedia de Sófocles, esto le lleva a descubrir las leyes profundas de la moral y a resistir a la tiranía, hay otros casos en que eso le lleva al más desatado anarquismo.

Sí, nos figuramos que sobre su mala educación anterior, el pobre Constantino, obstinado, crédulo y frívolo, debió sufrir alguna mala influencia femenina.

Además, a caracteres como el que nos pintan ser el del ex rey de Grecia, una influencia así los empuja a la petulancia y a la pedantería. La mujer, en cuanto tiene alguna autoridad, es mucho más pedante que el hombre. Si en vez de Papa tuviéramos papisa, no se le podría aguantar los pujos de infalibilidad. No que excomulgara más, sino que pontificara más.

¡Mala educación! ¡Y qué difícil es el problema éste de la educación de un príncipe! En estufa doméstica, y bajo la doctrina patrimonialista, es, sin duda, como peor se le educa. ¡Si fuera siempre posible educarles con unos años de destierro... «Qué conflicto!», como dicen que dijo al morir uno de nuestros soberanos:

Miguel de UNAMUNO.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA